

# lexis

Vol. XXXIV (1) 2010

revista de lingüística y literatura

DEPARTAMENTO  
DE HUMANIDADES



FONDO  
EDITORIAL

GARCÍA BERRIO, Antonio. *El centro en lo múltiple (Selección de ensayos)*. Tres volúmenes. Edición y estudio introductorio de Enrique Baena. Barcelona: Anthropos, 2009. 2217 pp.

No es habitual encontrar en el ámbito del pensamiento teórico-literario expresado en lengua española un conjunto de ensayos comparables en profundidad, rigor, extensión y originalidad con los de Antonio García Berrio. Los tres volúmenes que contiene *El centro en lo múltiple (Selección de ensayos)*, cerca de 2300 densísimas páginas, compilan más de 40 años de dedicación al estudio sobre la literatura en particular y sobre la obra de arte en general, comprendidas ambas áreas del conocimiento como una unidad con un sentido último trascendente y perdurable. A lo largo de toda su labor profesional, desde su memoria de licenciatura de 1965 sobre la figura de don Juan en el postromanticismo, García Berrio no se ha apartado de la exigencia máxima de ambición intelectual y productiva. Catedrático de Gramática General y Crítica Literaria desde 1968, su estancia como profesor en universidades españolas (Murcia, Málaga, Autónoma y Complutense de Madrid) o extranjeras bajo todas las figuras posibles a partir de su doctorado boloñés (Bolonía, Limoges, Bielefeld, Ann Arbor, Harvard, París-Nanterre, Río de Janeiro, entre otras), así como en diferentes instituciones culturales de renombre prestigio (la Fundación Alexander von Humboldt, el *Collège de France*, la Fundación Juan March y, actualmente, la Fundación José Ortega y Gasset), continúa hoy día dejando una indeleble huella en las sucesivas promociones de alumnos que han tenido la impagable suerte de asistir a sus clases, conferencias y seminarios.

La obra publicada de García Berrio pertenece desde hace tiempo al espacio inamovible del magisterio con total merecimiento y a todos los niveles: desde la didáctica de manual, tan necesaria como infrecuente en sus logros —véase *Crítica literaria* (2004), coescrito con su esposa, Teresa Hernández (†)— hasta el exigente propósito de proyectar y culminar una teoría literaria propia —véanse las dos ediciones de *Teoría de la Literatura* (1989 y 1994). Ya sea tanto

en sus libros (casi 30, contando algunos reeditados y actualizados) como en la copiosa abundancia de artículos, monografías, ponencias, catálogos de exposiciones pictóricas, homenajes, etc. (sobre la cantidad de 170), García Berrio ha trenzado un momento de esplendor en el ensayo en lengua española, esfuerzo solo comparable al de otros grandes maestros del pensamiento crítico-literario, ya se trate de Weinrich, Raimondi, Fumaroli o Bloom. Por todos ellos han pasado, y continúan haciéndolo, las corrientes más productivas junto a las más disolventes de la crítica literaria y estética de nuestra era. Y en todos ellos —y en otros más, seamos justos— el esfuerzo por restituir la perennidad del mensaje poético como el valor último insustituible de la experiencia artística ha configurado el hondo basamento de sus afanes científicos.

Con los tres tomos de *El centro en lo múltiple* la editorial Anthropos ha permitido culminar un proceso encarnado en una especial trayectoria personal. Publicando conjuntamente, bajo el cuidado de Enrique Baena, profesor de la Universidad de Málaga, la inmensa mayoría de esos ensayos dispersos en prestigiosas revistas de todo el mundo —como *Lexis*, que con tanta amabilidad nos acoge ahora entre sus páginas—, a la par que sustanciosos y complementarios textos provenientes de varios de sus libros y algunos relevantes inéditos, la obra de García Berrio adquiere una nueva significación. Dispuesta y ordenada toda esta reveladora producción en conjunto, habiendo sido distribuida diacrónica y razonadamente a la vez, somos, sin discusión, conscientes del enorme esfuerzo y la profundidad, de la abundancia seminal y la voluntad sistematizadora de ideas, de la totalidad, en suma, de una vida puesta al servicio del conocimiento de la expresión artística y literaria.

En los últimos veinte años del siglo pasado, con los precedentes que se quiera —el afamado ensayo de John Barth *The Literature of Exhaustion* (1967) o el nuevo modelo difundido por William Spanos (1972) y continuado por Hassan y Lyotard—, hemos asistido a una profunda desestabilización del significado poético dentro de los estudios literarios. Asumidos en principio como evoluciones internas del estructuralismo, las escuelas nihilistas y relativistas abocaron

estas milenarias disciplinas hacia una militancia enardecida, alejada de toda sistematización formal, en pugna ya a su favor o en su contra. Lo más impredecible, la falta de seguridades comprensivas y valorativas, se instaló en el corazón de la reflexión estética. Si ya pertenecía a un tópico más complejo la afirmación de que la Literatura podía contenerlo todo, la posteoría extrajo la consecuencia radical de obligarnos a asumir la ambigüedad poética y su reflejo interpretativo bajo la excusa máxima de defender la imposibilidad, o cuanto menos improbabilidad, de toda validez hermenéutica. La indeclinable afectación de la literatura a cualesquiera lectores, de cualquier época o condición social, política, sexual, etcétera, lejos de conducir estas doctrinas hacia un modelo crítico integrador y universal, lo ha hecho hacia su pluralidad receptora, y de ahí, hacia un eclecticismo disolvente. El modelo semiótico-estructuralista puso las condiciones necesarias, acomodando algunas atomizaciones funcionales rígidas en exceso, bajo las conocidas pretensiones de una lingüística ordenancista sobre el modelo poético tradicional. Desde el giro lingüístico de Rorty al giro cultural de Jameson, la evolución de la teoría de la literatura ha estado indisociadamente unida a la evolución del resto de ciencias humanas en todo el largo proceso de la Modernidad, pero nunca tan afectadamente como al comenzar y acabar el siglo XX. El giro interpretativo de Gadamer ha parecido a muchos un solitario, aunque dignísimo, asidero ante el sobrecogedor temporal del relativismo plurisignificativo.

García Berrio ha vivido intensamente el formidable proceso de reorganizar el paradigma contemporáneo a fin de contribuir a superar los excesos postestructurales, a la par que a evitar caer en el rigorismo dictatorial del inmanentismo. Impelido por la necesidad, antes innecesaria —permítaseme este fácil, pero igualmente paradójico, oxímoron—, de justificar y defender la universalidad de la experiencia estética, el propósito de superar los embates del tentacular “pensamiento débil” en las manifestaciones artístico-poéticas solo señala una parte del persistente fundamento de una dedicación profesional que por sí sola bien valdría una atención detenida. Podría haber sido suficiente escarbar en la tradición poético-retórica

y traer de nuevo ante nuestros ojos los factores estabilizadores que han reutilizado con mayor o menor aprovechamiento y fortuna algunas corrientes semiológicas (Escuela de Tartu), sistémicas (los polisistemas de Even-Zohar), historicistas (el Neohistoricismo estadounidense) o la creciente intensificación de valores de la canonicidad. Más aun, García Berrio podría haber aprovechado los vientos a favor de un novísimo personalismo, sobredimensionando el sustrato teórico sobre el literario: muchos críticos han convencido a exigentes especialistas mediante unívocas metateorías, consustanciales a la brillantez de sus análisis y conocimientos, que después apenas han aportado razones metodológicas extensibles a la comunidad científica. Los riesgos asumidos y la inagotable capacidad de relación de Derrida, la solidez inquisitiva de Paul De Man o el virtuosismo popular —escrito sin demérito alguno, todo lo contrario— de Steiner, ¿no concluyen muchas veces en una impostación del viejísimo argumento de autoridad?

Nacido a la profesión académica cuando en España la tradición filológica y los aportes de la estilística hispana centraban el modelo de atención de la crítica literaria, con dignísimas excepciones, entre ellas su maestro, Baquero Goyanes, por citar un solo ejemplo, en las páginas de estos volúmenes descubrirán los elementos que han naturalizado el nacimiento de una teoría de la literatura específica, a la par que los hitos previos de esta precisa construcción fueron desvelando a su luz la inmensa transformación y modernización de los estudios literarios en España. Caminando por fin en sintonía con los procesos que tienen lugar en nuestra cultura occidental, primero europea y americana, y actualmente casi mundial, este acompañamiento debe bastante a los ensayos aquí compilados.

El primer tomo, subtulado *Las formas del contenido*, ocupa veinte años de actividad profesional de García Berrio. Partiendo de iniciales trabajos inmersos en la tradición histórico-literaria, la propuesta del catedrático en su primera madurez se bifurca sobre dos vías de análisis: una sistematización de la poética histórica moderna por un lado y, por otro, una evaluación de los métodos formales. Al contribuir a delimitar temas, tópicos y valores de la teoría literaria

clasicista desde su recomposición en el Renacimiento y su evolución, de lo que son notorio ejemplo sus dos documentadísimos volúmenes sobre *Formación de la Teoría literaria moderna* (1978 y 1980), García Berrio se sitúa plenamente ante el propósito radical de toda su trayectoria profesional: la perdurabilidad de los mecanismos que explican y dan valor al objeto estético. La censura, a menudo artísticamente señalada en detrimento de la clasicidad, entre poéticas mímicas e imaginativo-fantásticas, propias de la contemporaneidad desde la era romántica en la quizás todavía vivamos estéticamente, supone sobre todo la transformación o actualización de un modelo formal. En ambos paradigmas, García Berrio ve justificada una concepción unitaria de la obra de arte, principio irrenunciable que engloba una visión integradora: poeticidad sobre literariedad, par que señala hacia la perdurabilidad del valor estético, inalterable, de la obra literaria en su conjunto. El grupo de sus escritos de estos años setenta y ochenta sobre el formalismo crítico supone, además, en los estudios literarios españoles, fructíferos ejemplos prácticos para la modernización de los instrumentos de la crítica: allí se discute con plena vigencia sobre el formalismo ruso (*Significación actual del formalismo ruso* de 1973) y sobre las poéticas lingüísticas, como las tipologías textuales, la teoría del texto, o se propone una singular revisión de la retórica como ciencia de la expresividad (1984), en plena consonancia con los estudios neorretóricos.

Si en la poética histórica declara García Berrio haber buscado el constituyente artístico del concepto de *forma*, el hecho de afrontar los retos de los formalismos críticos, conducentes a fijar sus elementos de análisis sobre la expresividad artística, esto es, en la materialidad verbal —ya sea estilística, funcional o estructural— de la obra artística, lo induce a ir “Más allá de los ‘ismos’” (1984). A modo de último a una *Introducción a la crítica literaria actual*, se clausura el tomo I con la firme convicción de que la literatura supera y superará cualquier metodología crítica, por muy ambiciosa que se pretenda, y con la expectativa de proyectar el componente integrador de la fantasía como elemento vertebrador de un imaginario antropológico enmarcado en representaciones fantásticas.

*El contenido de las formas y Universalidad, singularización y Teoría de las artes*, lemas que engloban respectivamente los tomos II y III, transcurren paralelamente como dos vertientes hacia un mismo coronamiento. El instante climático que adorna el primer volumen ya señala las perspectivas a futuro, tal como acabamos de referir: el estudio de la fantasía en tanto motivadora de los constituyentes esenciales de la obra de arte. Señalando abiertamente, en aquel artículo de 1984, los significativos hallazgos de la psicocrítica y la sociocrítica en sus distintas direcciones, García Berrio, impulsado en un primer momento por el deslumbramiento ante las posibilidades que ofrecía el extendido recurso de *l'imaginaire* en el mundo universitario francés de los primeros años de la década del ochenta, según ha referido él mismo en alguna ocasión, decide adentrarse en la búsqueda del fundamento antropológico de la *universalidad* fantástica. El paso siguiente abre una fértil expectativa de trabajo al invertir el movimiento para buscar, no el eje vertebrador del cambio diacrónico, de evolución histórica, sino la permanencia, esto es, la proyección de la *forma* sobre el *contenido* en la obra de arte.

Por un lado, ahonda en las estructuras tipológicas de la literatura, en particular, sobre la lírica española del Siglo de Oro, cuyos elementos macroestructurales parecen señalarse hoy, tras el auge de las poéticas textual-lingüísticas, a manera de elemento casi visual o descriptivo, bajo una naturaleza específicamente funcional y, por ello, casi secundaria o meramente automática en el proceso de la escritura. Sin embargo, el enorme esfuerzo de matizar la estructura de los textos bajo el componente semántico de sus esquemas temáticos ha tenido por consecuencia una renovadora apuesta por la constructividad, por la revalorización de elementos compositivos en el proceso de creación poética que se aplican con toda naturalidad a la poesía contemporánea, aparentemente menos cerrada que la clasicista en torno a unas previsiones normativas sobre sus expectativas finales.

En segundo lugar, García Berrio emprende simultáneamente la vía de la crítica artística, sobre todo pictórica: en principio, en tanto consecuencia natural del desarrollo del comparatismo tradicional entre arte y literatura; después, en cuanto parte integradora de la

consistencia de las formas en la creación artística. Incluidas sus tempranas aproximaciones a la obra de Brinkmann (1981), muchos de los ensayos compilados en el tomo III, dedicado fundamental y culminativamente al desarrollo la imaginación espacial artística, abundan en una profunda explanación del modelo de realización textual propia del arte visual: Saura, Chillida, Canogar, Kiefer, Galindo, Tàpies, Lüpertz, entre otros, transportan ante nuestros ojos, a través de la mediación del crítico, un bagaje de múltiples interconexiones, ya se trate de esquemas retóricos de la invención, de figuras en la abstracción o de la doctrina poética en la pintura española del Siglo de Oro, junto a sagaces y oportuniísimas averiguaciones sobre la espacialidad en *Don Quijote*. Firme en su propósito, García Berrio siempre ha considerado la obra de arte como un todo irrenunciable, lugar de reflexión y de conocimiento que aúna la experiencia humana en el centro de la variedad de los lenguajes artísticos, desde la pintura clásica española a los movimientos vanguardistas y las creaciones más aparentemente singulares, y por ello personalísimas, de nuestra época.

La tercera dirección que se abre ante esta —invocada por mí— segunda y definitiva explosión de madurez doctrinal que abarca hasta nuestros días en la obra de García Berrio, cerca de la primavera aún del pensamiento postmoderno, apunta más directamente que las anteriores hacia la construcción del significado poético, tal y como subtitulará las dos ediciones de su obra máxima, *Teoría de la Literatura* (1989 y 1994). En su intento de sobrepasar aquellos “ismos” desintegradores, su estudio iluminador sobre la obra magna de uno de los poetas cenitales del 27, *La construcción imaginaria* en “Cántico” de Jorge Guillén (1985), consigue ampliar y extender el ámbito psicológico del poeta malagueño en esta ocasión, estrechamente unido al imaginario hasta *con-fundirse* con él, desde la disposición lingüístico-formal sobre el contenido. Mediante la proyección de las estructuras que inferen un complejo psicológico que da consistencia a la forma interior de la obra artística y bajo especie de fórmula integradora que pretende desvelar las representaciones fantástico-imaginativas, es posible desvelar una *antropología de la imaginación*.



En esta asentada y profunda convicción descansan los ensayos de los dos tomos que cierran la trilogía. La *poética del imaginario*, considerada desenlace común de la mitocrítica y de la psicocrítica, es renovada y ampliada por García Berrio —sobre todo en su singular dominio de la espacialidad literaria— para llegar a un profundo conocimiento de la imaginación como núcleo consistente de la obra de arte. Los universales espacio-temporales, comunes a toda experiencia, singularizan los modelos creativos de Guillén o de Azorín, así también Cervantes, la doctrina específicamente partitivo-estructural de la *Institutio* de Quintiliano o la raíz del componente simbólico que conduce al ser humano a dar sentido a una *forma interior*, insistente imperativo culminado en sus más recientes trabajos.

Tanto las dos ediciones de su *Teoría de la Literatura* (1989 y 1994) como el libro ya citado sobre Guillén toman cuerpo en la necesaria voluntad de anclar el conocimiento poético en bases sólidas y perdurables, en medio de los embates de las escuelas de la sospecha y del nihilismo. Y no denota asunto marginal o de servidumbre de los tiempos que un extenso número de páginas de *Teoría de la Literatura*, así como sustanciosas manifestaciones del García Berrio más militante de entrevistas o escritos en medios más divulgativos que académicos, tengan como propósito señalar directamente las corrosivas conclusiones de los, en un principio, vivificadores movimientos de la posteoría. En este alborar del siglo XXI es fácil darse cuenta de la aparente inasibilidad del estudio sistemático de la literatura en pleno auge deconstructivista cuando, uno por uno, los principios perdurables de valoración y los códigos estrictamente internos de la misma habían sido deslabazados y después esparcidos desdeñosamente.

A lo largo de estos años, ha sido la del profesor García Berrio quizás la voz intelectual española más constante en el tiempo y rigurosa en el análisis, entre las pocas que se han alzado contra la inasibilidad postmoderna; y no únicamente enfrentándose a la casi absoluta disolución de los valores estéticos, sino proponiendo obligadas transformaciones en la crítica literaria y artística, al abrazar la ambiciosa finalidad de restaurar la validez universal del juicio crítico.

Una de las estrategias más sólidas para enfrentarse al vitalismo y a la extrema movilidad de la postmodernidad ha tenido reflejo en la obra de García Berrio al demostrar la solvencia de sus principios en la experiencia práctica de la crítica literaria: hemos hablado antes del componente artístico en la plasticidad pictórica, pero más abiertamente podemos ahora incidir en los escritos dedicados a la poesía española contemporánea y en particular a los libros sobre Guillén —revisitado luego con frecuencia—, Claudio Rodríguez (“La creación poética de Claudio Rodríguez” de 1998) y Francisco Brines (“La poética sentimental de Francisco Brines” de 2002), tríada de monografías que constituyen una verdadera renovación, incluso material e icónica, del género ensayístico en España. Paradigmas, las tres, de una vivencia de voluntades en la que —y yo soy testigo de la vertiente pública del último encuentro citado en un seminario universitario— escritor y crítico dialogan y contrastan pareceres junto al texto, base necesaria de toda lectura crítica, y previa a su vez a toda teoría. El mismo García Berrio ha confesado la intensidad y el cariz intimista —a pesar de la frecuente acusación general sobre la “arrogancia teórica” vertida por algunos historiadores de la literatura— de este método, nacido de un inmenso respeto por los poetas, cuyas personalidades imprimieron un distintivo sello en cada una de estas “críticas convividas”. El hábito de confrontar juicios y opiniones con poetas y pintores por lo común ha continuado hasta hoy en la reciente serie de *ABCD las artes y las letras*, suplemento cultural de *ABC* en el que han encontrado espacio desde los consagrados Canogar, Brines o Guillermo Carnero hasta jóvenes artistas españoles becados en el extranjero.

Los estudios sobre Guillén, Rodríguez y Brines, junto a Wallace Stevens (“Mediaciones” de 2002), además de otros acercamientos a Lorca, Gil de Biedma, Valente, Cernuda, entre otros, no forman parte únicamente de un particular y refinado gusto, al que casi todos podríamos adherirnos jugando con ventaja, sino a la confesada fascinación de García Berrio por adentrarse en los diversos caminos de la creación poética en la Modernidad, entendida como un espacio sin rupturas desde el Romanticismo. Orillados por las fronteras

de esa *longue durée*, de cuya cadena de continuidades somos herederos, que ha enlazado las profundas raíces del Idealismo alemán con el Irracionalismo, la *deslectura* crítica y, desde luego, la abstracción. Aún hoy hay signos de esta pervivencia, y los tres poetas españoles, como lo enjuicia el crítico en sus ensayos, personifican las direcciones que toma la renovación artística moderna: la metafísica o racionalista que subyace en los esquemas geométricos de Valéry, Stevens o Guillén; la vía irracionalista de Baudelaire, Dylan Thomas, Aleixandre o Claudio Rodríguez; y la constante, “eterna, corriente lírico-sentimental”, presente en Juan Ramón Jiménez, Unamuno, Cernuda o Brines.

La verdadera medida, pues, del alcance de los ensayos de García Berrio colectados en *El centro en lo múltiple*, aun en sus vastísimos intereses y magnitudes, no creo que se circunscriba únicamente a la construcción y desarrollo de un modelo crítico y una teoría literaria —pienso con seguridad que él mismo me dará aquí la razón. Por muy determinante que nos parezca, nada de ello tendría excesiva importancia si no fuera porque todo este fluyente manantial de conocimientos, reflexiones y saberes filológicos, magistralmente conducidos, dimana de una verdadera pasión: el amor constante por la literatura, fortalecido con el tiempo. Del interés radical por el ser y la naturaleza de la literatura, —“pasión sagrada”, según titula García Berrio su colaboración en un congreso de Historia de las Religiones (1999)—, proviene su propósito de restaurar el estatuto científico de la crítica literaria. A ello ha dedicado enteramente toda su vida académica. Evidencia que se nos hace vivamente presente cuando al final del tomo II, con el mismo espíritu armonizador de balance y perspectiva que en el primero, se publica un texto inédito de 2005 acerca de la “Modernidad Contemporánea” tan clarificador como beligerante contra las inespecíficas pretensiones de gran parte de las ideologías dominantes en este período, sin olvidar las justas y razonables causas que motivaron el enfrentamiento con las esclerotizadas “seguridades” estructuralistas. Ni los nihilismos ni los juicios intencionales ni las escuelas de la sospecha han sido capaces al fin de arrumbar la objetividad del juicio, siquiera como finalidad

unificadora de las múltiples orientaciones que legítimamente —no nos cansaremos de dar la razón a García Berrio cuando objeta la poca relación que la mayoría de aquellos ataques tiene que ver de verdad con la literatura— se han acercado a la obra de arte. Y no falta casi ninguna por ser descrita y analizada minuciosamente a lo largo de todos los ensayos recopilados en *El centro en lo múltiple*. Asombra y admira a la vez el cuidado y la atención con que García Berrio examina y casi disecciona los medios y fines más dispares de la teoría y de la crítica literarias en el momento culminante de sus sucesivas apariciones e hitos más señalados. Así, junto a los formalismos y la deconstrucción por entero, la nómina más significativa de críticos contemporáneos encuentran alojo y atención en estos ensayos: Eco, Bloom, Raimondi, Steiner, Fumaroli, junto a inspiradores magisterios de Baquero o Weinrich.

Como corolario imposible, dada la magnitud y variedad de esta obra definitiva, pero aún en progreso, los tres volúmenes de *El centro en lo múltiple* confirman, por si lo habíamos olvidado, la naturaleza ética de la misión del crítico, tarea constante que en cada una de estas más de dos mil páginas nos obliga a permanecer siempre atentos, y marca nuestra lectura con una fuerza modélica.

Siquiera por un momento, entre el rigor y el rigorismo, una reseña también puede ser el lugar adecuado para congraciarse con la humanidad sensible del individuo de carne y hueso que hay tras el profesor, el teórico de la literatura o, en definitiva, el crítico. Tanto el homenaje último a su maestro Baquero Goyanes como las lecciones de investidura de los doctorados *honoris causa* en Valladolid (2003) y Alicante (2006) son la evidencia justificada de lo que acabo de expresar. De mayor calado y de una sentimentalidad que el decoro no me permite calificar aquí, con el homenaje profesional y afectivo a su esposa, “Últimos escritos de Teresa” (2008), a no dudarlo, un intenso clímax, culmina este incontrastable itinerario intelectual en plena y fecunda vigencia todavía hoy.

Desde las lides juveniles hasta las aportaciones más maduras y, no por ello, menos ilusionadas y vivificadoras, García Berrio ha asumido la carga autoimpuesta —cuando hubiera sido tan fácil para

él, dadas sus condiciones, interpretar el mediático y exitoso papel de desintegrante divulgador— de no dar ni una palabra por satisfecha si no era con un exigente esfuerzo. A cambio, la cultura en lengua española, y la ciencia literaria y estética en particular, se han enriquecido con un pensamiento intelectual puesto por entero a su servicio y todavía, aunque cercano ya el día de la jubilación de su cátedra, en plena creatividad. Asediados por la vorágine de unos tiempos desmesurados pero volátiles, una lectura contrastada de *El centro en lo múltiple* tiene necesariamente que llevarnos a replantear el estatuto científico del pensamiento literario con unas bases más duraderas y sólidas, en el afán irrenunciable, como ha sido y es aún para Antonio García Berrio, de atender generosamente hasta el más humilde rincón de la mansión inabarcable, verdadero y sublime hogar del hombre, que es la obra de arte.

Felipe González-Alcázar  
*Universidad Complutense de Madrid*